

Notas de lectura de El jardín dorado, por Gustavo Martín Garzo

1. Los judíos piensan que debemos ser juzgados por nuestras acciones, pero que en nuestros pensamientos somos libres. *Las palabras en el corazón no son palabras*, se lee en un salmo de David. Esas palabras no dichas hablan de nuestros deseos. No se confunden con las palabras del día, las palabras de nuestra razón. Son las palabras de la intimidad, las palabras que los niños susurran a sus juguetes o los vivos a los muertos que siguen recordando. También las palabras del amor, pues en el amor, como ha escrito Juan José Millás, hablamos a otros que nos habitan. El amor es abrirles la puerta, darles de comer, prepararles un cuarto. Escuchar sus historias, aunque corramos el riesgo de quedar hechizados por ellas. El amor es recibir a los mensajeros.

2. Esta novela habla de esos mensajeros del amor. Habla pues de la vida, del diálogo con las otras criaturas del mundo. Eros es el dios del deseo, que es unión, intercambio, metamorfosis, pues cada cuerpo deseado nos pide una transformación, un cuerpo nuevo hecho a su medida. Un cuerpo alado o lleno de llamas. A ese cuerpo que se transforma con el deseo alude la frase de Borges que abre el libro: *Yo he sido un niño, una muchacha, una zarza, un pájaro y un mudo pez que surge del mar*.

3. Es lo que pasa en el hermoso romance del conde Niño. Los amantes para superar los obstáculos que les separan se van transformando en criaturas que se lo permiten. Y son rosales, espinos blancos, palomas y halcones. De ese mundo de transformaciones sin cuento habla mi novela.

4. Hablar de ese mundo es hablar de la Edad de Oro, en que todo se regía por la ley de las correspondencias. En *El Cantar de los Cantares* los dos amantes se vuelven cada uno al cuerpo del otro como a un huerto lleno de frutos. Hablan de mirra, de vino, de mandrágoras y de corderos pastando, de grano y colmenas rebosantes de miel. Amar a alguien es regresar a ese mundo de las correspondencias. “*Peregrinó mi corazón y trajo / de la sagrada selva la armonía*”, escribió Rubén Darío. Esa armonía habla del Jardín del Edén, del Monte Santo descrito por el profeta Isaías.

En él, la víbora jugaba con el niño en su cuna, el lobo pastaba junto al cordero, los animales eran compañeros de los hombres. Había ríos de miel, frutos de oro, manantiales llenos de leche. No había escasez, bastaba con desear algo para tenerlo al instante. Era el deseo el que daba realidad a las cosas. No había fisura entre el mundo y el corazón humano.

5. ¿Hemos perdido para siempre ese lugar? No, el paraíso sigue aquí, sólo que como reino secreto. Es el *hortus conclusus* de los medievales, son las *ínsulas extrañas* de las que hablaba

san Juan de la Cruz, o el huerto en que se coló el halcón de Calixto, indicándole el camino hacía Melibea. Un lugar secreto que sólo en ciertos instantes nos abre sus puertas.

6. Un jardín así es el que mi rey construye para su hijo. Éste nace con una cabeza de ternero, y su padre quiere protegerle de las conjuras de sus siervos. Para ello crea un jardín separado del mundo. En una novela de Thomas Bernard, un hombre levanta para su hermana un hermoso cono en el bosque. El rey de mi cuento hace eso mismo, entregar a su hijo un jardín concebido para su felicidad.

7. Y le ofrece como compañeras cinco niñas hermanas. La novela habla de lo que sucede entre ellos, del amor que se tienen, de su dicha y de sus miedos. El único tema de mi novela es el amor. Sus dificultades, sus sobresaltos, el amor y los extraños caminos que nos hace recorrer.

8. En realidad es un cuento. Los cuentos hablan del origen. Nos dicen que el mundo no se ha terminado de crear. La poesía es participar en esa creación. Tiene que ver con la debilidad, con el peligro, pues lo que nace es siempre lo más amenazado. Federico García Lorca dijo que lo poético es lo que está en el filo, a punto de caer donde no se puede volver. Las grandes historias se construyen con personajes que se acercan a lugares así. Entre ellos, los personajes del mundo del mito. Es un error pensar que esos personajes no hablan de nosotros. En realidad, nunca han sido más necesarios que ahora. Nos devuelven al bosque de los cuentos. El bosque donde se pierden o son abandonados los niños, donde los amantes se esconden, donde los ladrones guardan sus tesoros. Un lugar lleno de oscuridad y dolor, pero también de inesperadas delicadezas. Donde se mezclan el horror y la luz. Un lugar desconocido, del que nunca se regresa del todo.

9. Lo poético como algo indefinible y secreto, un espacio de visión. Relacionado con ese “ya no saber pensar” del que habló Henry Michaux: *“Más que el correcto saber pensar de los metafísicos, lo que verdaderamente está llamado a descubrirnos son los presentimientos, los sueños, los éxtasis y agonías, el ya no saber pensar”*.

10. Mi novela quiere hablar de esos éxtasis, delirios y agonías. Su símbolo podría esa llama que no deja de aparecer en sus páginas. Una de las hermanas la hace brotar de las cosas: le basta con tocarlas y murmurar algo para que esas llamas surjan de ellas. Simbolizan la vida, pero también la conciencia. La llama que ilumina la oscuridad, que abre un camino de visión. Que hace del mundo un lugar habitable, un lugar de confianza y aceptación. Pues sólo el que acepta el mundo puede construir en él una casa.

11. Toda la novela está llena de sucesos extraordinarios. El niño toro nos lleva a un mundo de infinita libertad. Hay una voz en el amor que nos dice “imagina”, una voz que todo lo vuelve posible, que nos lleva como un caballo alado al encuentro de lo más descabellado e insólito:

muchachas que hacen surgir llamas de sus manos, animales que nacen de los sueños, órganos que viven separados de sus cuerpos, delicados autómatas cuyos movimientos guardan las promesas de la vida. El niño con cabeza de ternero es hijo de uno de esos vuelos del amor.

12. He vivido años con este proyecto. Llegué a visitar Creta, para ver los lugares del niño toro. Paseamos por sus playas y visitamos el palacio del rey Minos. Vimos sus murales repletos de delfines y flores, al príncipe de los lirios y a las muchachas azules. No he dejado de soñar con ellos. Sobre todo con el minotauro y su infinita soledad.

13. Rilke dijo que en los monstruos siempre late el deseo de ser amados. Ese ansia de amor, me movió a detenerme ante el monstruo de Creta. En realidad, todos los monstruos son el símbolo de nuestro propio corazón. Siempre lleno de anhelos, incapaz de hacerse comprender, siempre a la búsqueda de una transfiguración.

14. Me interesaba esa búsqueda, pero también la presencia de lo que vive en lo oscuro, de lo que no pertenece a la luz. Ese camino que nos pide que lo recorramos, aunque no sepamos lo que nos aguarda en su término. En el que una y otra vez oímos a alguien pronunciar nuestro nombre.

15. El camino de Sherezade, cuando acude al palacio del sultán asesino; o de la muchacha que se casa con Baba Azul. ¿Por qué lo hacen?, ¿por qué van a un lugar donde les aguarda la muerte? Ambas son jóvenes y quieren conocer los secretos de su sexualidad naciente, pero eso no justifica que vayan al palacio del descuartizador. Podrían haberse quedado en las orillas de los ríos con sus compañeros de edad. Lo hacen porque quieren desvelar el misterio de la muerte. La alcoba del sultán es una alcoba nupcial, pero también una cámara de torturas. Entran en ella para preguntar por la muerte y su cortejo de niños perdidos.

16. Y en esta novela se habla sin descanso de la muerte. Todas las historias que merecen la pena lo hacen. Se preguntan si significa algo, si los muertos pueden regresar... Ariadna construye su historia para descender a su reino. Su relato es ese descenso y las palabras su canto. Canta para convocar a los que ama, y arrancarles de la oscuridad. Un imposible, pues como nos cuenta el mito de Orfeo, ese regreso no es posible.

17. Orfeo desciende al averno en busca de Eurídice, y Ariadna habla y habla para pedir a los que ama que regresen. Ha construido muñecos, que mueve ante ellos, los llama su teatro de títeres. Ese teatro es su propia memoria, y los títeres sus recuerdos. Los muertos se acercan, gimen mientras dura la función. Y nosotros escuchamos su canto.

18. ¿Podemos proteger a los que amamos? No, no podemos, ellos tienen su propia vida, sus propios deseos. No podemos separarles de sí mismos, borrar la memoria de lo que son. Es lo que pasa con el minotauro. Artífice, el constructor, quiere borrar esa memoria y construye el

laberinto: una máquina para olvidar. Lo hace por amor a la reina. Quiere devolverle un hijo manso, apacible como el ganado; un hijo que se deje mecer en los brazos. Eso queremos, un mundo ajeno al dolor, sin conciencia, un mundo armonioso y puro. La vida habita en los animales, en los árboles y las flores, en las piedras y las fuentes; en la cópula de los amantes, y en los vientres hinchados de las preñadas. Habita en los niños muy pequeños y en sus juguetes. Es la ignorancia, el desconocimiento, lo contrario al ser.

19. Ese desconocimiento es la belleza, y Ariadna se refiere a ella sin cesar al hablar de su hermano, el minotauro. Alguien lleno de belleza, que sufre y hace sufrir, pues el lugar de la belleza siempre es un lugar oculto y oscuro, en el que no se puede entrar sin dolor. Un lugar no apto para los tibios ni los cobardes.

20. No es un relato lineal. La narración va y viene, amplía o desmiente con hechos nuevos lo que sabemos, trae a los lugares conocidos noticias que los vuelven diferentes y extraños. Nada está fijo en esa narración, nada tiene un único ser. La propia novela es un laberinto que debemos recorrer. ¿A ciegas? Están las palabras de su narradora, las palabras de Ariadna. Son ellas las que nos guían. El ovillo mágico del mito es ese hilo de su relato. Sólo él nos conduce por el laberinto. El oído es nuestro guía.

21. No escucharemos la historia del mito como la conocemos. La historia del rey Minos y su esposa Pasifae. La historia de la ternera de madera que construye Dedalus para que la reina pueda unirse al toro blanco, ni la historia del laberinto en que recluyen al niño que nace; o la de Teseo el libertador. Así es la historia en los labios de Nómada, uno de los personajes del libro. La cuenta para contentar a sus anfitriones, buscando su aceptación y su aplauso. Ordena para ellos lo que sucedió, evita lo más extraño y desviado, elimina el horror, todo lo que pertenece a esa noche de la que no cabe regresar. Pero hay otra historia. En realidad, todas las historias que merecen la pena guardan una historia oculta, inaudible, una historia que sólo se escucha en el corazón. Así es la historia de Ariadna. No está dirigida al lector, como la de Nómada, sino a alguien ausente: a un niño muerto. Es la historia de una mujer que habla con un niño que no existe. A él le cuenta sus recuerdos. No como lo haría a un vivo, sino a quien no está en el mundo. Una de las hermanas sembraba llamas en el jardín para atraer a un muchacho volador. El relato de Ariadna es ese recinto de llamas. Sus palabras no narran sucesos, sino que, como pasa en el amor, crean un lugar, un espacio que antes no existía. Construyen una casa de llamas.

22. Santa Clara y Francesco se encontraron en una casa así. Clara era una muchacha noble que llevada por la devoción a Francesco lo abandonó todo para seguirle. Y muy pronto otras muchachas se unieron a ella y formaron una comunidad atenta a las enseñanzas del pequeño santo de Asís. Y se cuenta que Clara sólo vivía para imitarle y añorar su compañía, pero que Francesco, siempre tan ocupado, apenas la iba a visitar. Hasta que una vez quedaron en una casa situada en una colina. Nadie supo qué hicieron ni de qué hablaron esa noche, pero los

que andaban por los alrededores vieron un resplandor y, al acercarse, supieron que lo que ardía era la casa en que Francesco y santa Clara estaban juntos.

23. Eso debería ser la literatura, un mundo de delicadezas, desatinos y misterios. Contemplar esa casa incendiada en la noche, hacernos creer que también a nosotros puede estarnos destinada.

24. Esta novela quiere ofrecer a su lector una casa así.